

Ecología política, despoblación y neorromanticismo ruralista

EVA GARCÍA SEMPERE

Bióloga. Coordinadora federal del Área de Medio Ambiente de Izquierda Unida



La posibilidad de promover con éxito un nuevo acuerdo territorial que maximice las oportunidades de transformación de signo ecosocialista que abre la crisis orgánica territorial española en el mundo rural y campesino dependen de un arriesgado y exigente doble movimiento estratégico. Este debería reforzar la posición de esos sectores más transformadores en las articulaciones amplias de sentido política, socioeconómica y medioambientalmente más progresista, radicalizando su identidad y sus demandas, a la vez que perfore las articulaciones adversarias, explotando minuciosamente cada una de sus contradicciones expresas o latentes, atrayendo siquiera tácticamente a aquellos segmentos de sus bases sociales por una u otra causa peor acomodadas en su plataforma reivindicativa o en su construcción identitaria.

101

JÓNATHAM F. MORICHE.

«Hacia un nuevo acuerdo territorial para la España rural y campesina». *Contra el Diluvio.*

A veces ocurre que, cuando vas con toda tu buena intención a escribir algún artículo sobre cualquier tema de actualidad, encuentras que alguien ya lo ha escrito. Y probablemente mejor que tú.

Básicamente esto es lo que me ha ocurrido. Queriendo escribir sobre ecología política, despoblación y esa tendencia actual a romantizar el rural, sea bajo unas premisas u otras, cayó en mis manos un brillante texto de Jónatham F. Moriche sobre la necesidad de articular un nuevo acuerdo territorial para nuestro Estado. Así que, antes de proseguir, recomiendo muy fuertemente su lectura.

Escribía yo hace unos años sobre la realidad dura y compleja que existe detrás de eso que llamábamos la España vacía, la España vaciada, la España abandonada y cualquier otro nombre que tengamos a bien ponerle. Sabemos, o intuimos, a qué nos referimos. Y hablábamos del manto de invisibilidad que había sobre ella. Quizá sea precisamente eso lo más desfasado del texto, porque gran parte de la denuncia sobre la situación sigue siendo perfectamente válida, aunque gracias a las movilizaciones de los últimos años (y, por qué no, del tremendo quilombo que se ha montado a cuenta de las declaraciones de Alberto Garzón sobre las macrogranjas), ya no es invisible. Y sobre ella se vierten ríos de tinta.

La situación del medio rural sigue pudiendo describirse como sabotaje social, expolio, desposesión y extractivismo neocolonial.

Y si en la actualidad tenemos en la UVI a muchas comarcas, si pueden perderse para siempre dos mil quinientos pueblos en los próximos quince años o si comunidades como Castilla y León pierden cada día sesenta y cuatro habitantes, si provincias como Jaén se desangran, es por años de políticas conscientes de desmantelamiento de los servicios públicos, de falta de inversión y de abandono. Son políticas de sabotaje social que han tenido su cara más amarga en el mundo rural.

Sabotaje social porque se ha dejado fuera de los más mínimos avances a gran parte del territorio: deficiente acceso a Internet, perder citas médicas porque el correo no es el servicio universal y puntal que debería, no tener cerca una sucursal bancaria para poder pagar recibos o sacar el importe de su nómina, falta de escuelas, urgencias médicas o ley de dependencia... Podemos seguir: vivir aislado porque no hay un transporte regular que conecte con otros municipios o que el agua potable dependa cada verano de camiones cisterna. Todo esto es, también, España en 2022.

Es cierto que el proceso de éxodo a las ciudades y de los pueblos más pequeños a las cabeceras de comarca ni es actual ni exclusivo de nuestro país. Lo que sí ha sido característico aquí es la virulencia y la rapidez con que ocurre. Las políticas de desindustrialización sin planes de reconversión reales, años de ir retirando servicios públicos en nombre de la eficacia económica, de ahogar a los municipios y robarles la soberanía a golpe de modificación del artículo 135... son algunas de las claves del éxodo rural.

Y a esto, la suma de los procesos de expolio y neocolonialismo extractivista. ¿Algunos ejemplos?

Las tan traídas y llevadas macrogranjas, que están acabando con los recursos naturales, envenenando la tierra y el agua, a la par que desmantelan el tejido ganadero (diez mil explotaciones cerradas en los últimos años en Castilla y León, por ejemplo), que no puede competir con esos monstruos de la industria alimentaria. Convirtiendo los municipios donde se asientan en un erial, y a sus habitantes en precarios operarios de cadena de montaje basada en cerdos o pollos.



Otro ejemplo, sin duda de rabiosa actualidad, son los megaparques de energías renovables que, a cuenta de diversos motivos entre los que están tanto la necesaria transición ecológica como la llegada de fondos europeos para la recuperación, están convirtiendo nuestro territorio en una suerte de monopolio para la oligarquía energética, sin atisbo de planificación de necesidades ni establecimiento de mapas vinculantes que permitan tanto proteger y conservar nuestro entorno como garantizar el necesario equilibrio entre los distintos usos.

Por último, no podemos dejar de señalar un fenómeno que, no por menos nuevo, deja de ser importante: la apuesta por el turismo rural de masas, que está convirtiendo a nuestros pueblos en parques temáticos para domingueros impidiendo a sus vecinos y vecinas poder acceder a viviendas a coste asumible.

Es este espacio, la mayoría de nuestro territorio, el que ahora mismo está siendo el gran campo de batalla político, cultural y social. Ya desde hace varios años las mujeres del rural han salido con voz propia y han reclamado ser protagonistas de las políticas que se diseñan en los distintos ámbitos para ellas: sean el impulso a la ley de cotillaridad, la exigencia de que una vez por todas llegue la ley de dependencia y dejen de ser cuidadoras por incomparecencia de la Administración o las verdaderas impulsoras de las plataformas para demandar servicios públicos de calidad. No solo con el objetivo de fijar población, sino de recuperar nuestros pueblos y un mundo rural vivo.

Sin embargo, no podemos perder la perspectiva: en esta batalla hay posiciones muy diferentes, aunque puedan converger en luchas concretas como señalaba el texto de Moriche al inicio. La lucha por la conservación del territorio es parte indisoluble de la lucha ecologista y, por tanto, no se trata solo (que también) de luchar contra las macrogranjas o los megaparques eólicos, sino de poner en pie un modelo productivo que permita vivir a quienes habitamos ahora mismo nuestros territorios, y también a quienes lo harán en un futuro, y sin generar deudas y dependencia a otros territorios más empobrecidos y vulnerables. Las luchas por el agua, la biodiversidad o la tierra fértil son el gran reto que abordar en los próximos años. La escasez de materiales está levantando una verdadera burbuja minera en amplias zonas de nuestro país: son minerales necesarios, qué duda cabe. Pero ¿a qué precio para la población los vamos a extraer? ¿Qué beneficios reales llegarán a quienes sufren la política extractivista? ¿Y con qué objetivo vamos a seguir políticas de extracción sin planificación y sin tener en cuenta el marco de colapso energético? Son demasiadas dudas para postergar sus respuestas.

Necesitamos enfrentar el futuro incierto que tenemos con políticas ecofeministas, y esto pasa por dejar de improvisar hablando de incentivos fiscales o incentivos a la natalidad. Si el problema del vaciamiento rural fuera la falta de hijos, las ciudades estarían llenas de familias numerosas. Hacen falta iniciativas transversales y radicales que remuevan los cimientos productivos, socia-



les, económicos y ambientales. Políticas de cuidados para mejorar y facilitar la vida de las mujeres. Políticas ecologistas que garanticen un futuro.

Y, en todo esto, una batalla cultural que nos aleje del neorromanticismo rural: hay muchos rurales en el rural. Ni regalarle desde la izquierda a las posiciones más conservadoras el marco cultural, porque no es cierto que todo el rural son caza y toros, ni pretender que sea una Arcadia, una foto fija de gentes que viven felices siguiendo unos códigos atemporales en perfecta comunión con la naturaleza. El campo es diverso y quienes en él habitan, también. Hay mucha lucha y mucho avance.

Algunas de las claves principales ya peinan canas y las hemos repetido hasta la saciedad: seguimos necesitando una política agraria común con rostro de mujer, para las personas productoras, que fije población al territorio y con perspectiva ambiental para garantizar la supervivencia a futuro. Pero sin melancolía: demandábamos no hace tanto la necesaria reforma y fortalecimiento del sector agroalimentario, para acabar con la nefasta venta a pérdidas y flexibilizar el paquete higiénico-sanitario, y hoy podemos estar orgullosas, porque este es un objetivo cumplido.

Por otra parte, no podemos obviar **la tremenda fragilidad en la que se encuentra el sector de la ganadería extensiva**, un sector crucial para la sostenibilidad de nuestros ecosistemas naturales y fuertemente vinculado a la vida en los pueblos. Tendremos que ser capaces de impulsar medidas para mejorar su situación sin olvidar cómo transitar del modelo actual industrial a uno mucho menos impactante en territorio y población. La limitación de las explotaciones y la mejora de la situación en la cadena alimentaria, así como el fortalecimiento de su posición en la negociación de precios, junto a una fuerte estrategia de consolidación de los circuitos cortos de comercialización, son claves.

Pero, y esto no podemos olvidarlo, serán necesarios cambios en nuestros hábitos de consumo. No se trata de imaginar un futuro terrible con hambre porque ese es, justamente, el escenario que tendremos por delante en el caso de no hacer nada. Estamos hablando de políticas que, por una parte, permitan mejorar la alimentación tanto en salud como en sostenibilidad de nuestra sociedad, mientras nuestros productores y productoras reciben lo justo por su trabajo. Y todo ello contando con la viabilidad de los ecosistemas, que no es más que la viabilidad de las generaciones futuras.

¿No se lo creen? Busquen información sobre qué hay detrás de la soja, del aceite de palma o del problema sanitario de hacinamiento de animales en macrogranjas. No es sostenible ambientalmente, y es una bomba de relojería en términos sanitarios.

Pero hemos de seguir: vamos a hablar de una política de aguas en un contexto de cambio climático para planificar y adaptar el sector primario a las condiciones actuales y futuras. La situación es verdaderamente dramática, y la Historia (con mayúsculas) juzgará con dureza a quienes engañan hablando de



trasvases y tecnología para seguir ampliando regadíos superintensivos. No habrá agua para este modelo agrario; cuanto antes nos pongamos a resolver cómo acometer el cambio sin comprometer a los y las trabajadoras agrarias será mucho mejor para todos. No comprometamos más nuestra soberanía alimentaria.

En definitiva, no queremos ser «obreros» de monocultivos ni «precarias» en macrogranjas. Queremos un mundo rural vivo que apueste por un sistema de desarrollo centrado en las personas y el medio ambiente, que garantice la lucha contra el cambio climático y enfrente los retos ambientales.

También hemos de hablar de políticas turísticas: no necesitamos ni queremos convertirnos en un inmenso parque temático para ir de vacaciones que expulse a nuestras vecinas de sus pueblos porque esa vivienda a la que querrían acceder es una potencial casa rural y se queda lejos de su alcance económico. Continuamos peleando por políticas de vivienda pública y regulación del sector turístico. No es posible mantener un modelo que lleva a situaciones como la de Orbajena del Castillo, municipio de cincuenta habitantes en Burgos que recibe cinco mil visitantes diarios en algunos momentos del año y necesitan de manera urgente controlar la afluencia.

Pero seguimos necesitando más. Políticas que garanticen el día a día de nuestra gente de manera digna: red educativa suficiente, una sanidad que responda siempre y en cualquier momento, que las personas mayores tengan los recursos suficientes y también quienes les cuidan. Que cualquier persona en cualquier lugar tenga acceso a un sistema de transporte que concilie su vida laboral y social. Que, en definitiva, se cierre la fractura territorial en servicios públicos que desangra el país.

Y, por supuesto, políticas culturales alejadas de las anécdotas y las fotos: no es posible hablar de todos los patrimonios culturales sin contar con el mundo rural, que representa el 80 % del territorio del Estado español, ocupa el 72 % de la superficie total del territorio y donde encontramos el 100 % de nuestro patrimonio natural. Y aquí nos referimos a múltiples patrimonios: arqueológico, histórico-artístico, natural, industrial... Patrimonio material e inmaterial cuyo mantenimiento es crucial para la conservación de la identidad de un entorno y de sus habitantes, así como la garantía de su pervivencia y disfrute para generaciones futuras.

Resulta interesante recordar cómo en 2015 Naciones Unidas marcó que, dentro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible para la Agenda 2030, cabía revisar las formas de gestión de los recursos naturales que, mediante procedimientos tecnológicos sostenibles, han sido utilizadas hasta el siglo xx en el medio rural para abastecer de materia prima a los distintos territorios. Y estos procesos, que forman parte de nuestra diversa etnología, están amenazados por el olvido colectivo debido a que se ha interrumpido el conocimiento transgeneracional de estos sistemas de trabajo, que también son fuente de creatividad artística; esta pérdida de memoria es debida en gran parte al avance de la despoblación rural.



Resulta del todo imprescindible recordar la importancia de la cultura como elemento transversal para la recuperación y puesta en valor de estos espacios patrimoniales y su contribución a la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible marcados por Naciones Unidas.

Por tanto, es fundamental apoyar las industrias culturales y creativas y financiar la formación y la actualización de las competencias de los profesionales de la cultura, contribuyendo a la adhesión territorial y a la cohesión social al mismo tiempo que la recuperación económica.

En definitiva, construir oferta cultural dotando de las herramientas necesarias para ello sin olvidar un elemento imprescindible: garantizar el acceso a las personas que viven allí.

Redignificar la cultura asociada al territorio recuperando y permitiendo su conocimiento a las siguientes generaciones: somos trashumantes, somos ganaderas y pastoras, somos constructores en piedra seca y cultivamos nuestras tierras con sistemas ancestrales. Pero también somos poetas, escritoras y pintores, cantantes de trap y músicos tradicionales.

Somos pueblo que, despacio, está gestando algo grande y no va a dejarse morir. Un pueblo diverso y, por tanto, diversas serán las alternativas que se construyen. Pero sin dejar atrás nuestro objetivo: un mundo rural solo podrá ser vivo con mirada ecofeminista. ★

